

Newton Compton Editores

Título original: 伝言猫がカフェにいます (*DENGON NEKO GA CAFE NI IMASU*)

© 2022, Nagi Shimeno. First published in Japan in 2022 by PHP Institute, Inc. Spanish translation rights arranged with PHP Institute, Inc. through Emily Books Agency LTD. and Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

© 2025, de la traducción por Silvia Saorín Miralles

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-13-0

Código IBIC: FA

DL: B 22.687-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en marzo de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Nagi Shimeno

El café de los gatos mensajeros

Traducción de Silvia Saorín Miralles



Newton Compton Editores

Barcelona, 2025

Prólogo

Cuando una persona o un animal fallece, solemos decir que se ha convertido en una estrella y que ahora está en el cielo. Sin embargo, la realidad es que quienes nos dejan no se encuentran tan lejos. El mundo humano y el más allá están conectados entre sí, separados tan solo por una puertecita.

Por tanto, ir y volver entre ambos resulta sencillo.

Pero, si de pronto apareciesen en el mundo humano aquellos que ya no están entre nosotros, habría un gran revuelo. Hay que ser precavido. La clave está en conseguirlo sin que nadie se dé cuenta.

Una habilidad que incluso yo mismo debo seguir practicando.



Capítulo 1

El gato mensajero
va a la galería de arte

1

Me despierto por el sonido de una campana que indica el final de la charla.

–Bien, por fin ha terminado.

Me desperezo y arqueo el lomo, de color caramelo con rayas blancas. Estiro las patas delanteras todo lo largo que soy, hasta que ya no puedo extenderme más. Veo a Natsuki por el rabillo del ojo, una gata negra de rostro y mirada seria. Farfulla algo, concentrada.

–Primer precepto: acuéstate y levántate temprano. Segundo precepto: haz ejercicio regularmente. Tercer precepto: intenta no comer demasiado. Cuarto precepto: cuida de ti mismo. Quinto precepto...

No lo sé bien, pero creo que está citando la charla que acabamos de tener, en concreto los «cinco preceptos para vivir una vida larga en el mundo de los humanos» que nos ha impartido antes un gato atigrado.

–¡Eres demasiado seria! ¿No ves que es lo que

hacemos siempre? Pero si hasta los has llamado «preceptos».

Natsuki se gira para mirarme con esos enormes ojos suyos. Parece como si se le fueran a salir del enjuto rostro.

—Hasta ahora era Yuna la que cuidaba de mí. No me puedo creer que ahora tenga que hacerlo yo solita...

Me parece que Yuna es el nombre de la dueña de Natsuki; bueno, de su antigua dueña, más bien. Cuando Natsuki tenía dos meses, Yuna la adoptó gracias a unos amigos suyos. Por aquel entonces, era una oficinista recién graduada y vivía sola. Más tarde, cuando Natsuki ya tenía doce años, Yuna se casó y Natsuki se fue con ella a su nueva casa, como si también hubiera contraído matrimonio. Por suerte, el nuevo marido de Yuna era un amante de los gatos y ambos cuidaron de Natsuki durante unos cinco años más hasta que pasó al más allá.

—Deja de lloriquear.

Intento dar a mis palabras un tono condescendiente, pero no lo consigo.

¿Estará bien Michiru? ¿Estará yendo a todas sus clases en la universidad?

Siempre decía que estaba segura de que no le iba a gustar asistir a clases, así que espero que se equivocara y que se esté llevando bien con sus amigos y sus compañeros. Michiru ha sido, desde pequeña,

una niña muy tímida y sensible. De hecho, siempre parecía estar al borde de las lágrimas.

Noto un dolor en el pecho y bajo de la silla con un gran salto, para que Natsuki no se percate de que me empieza a moquear la punta del hocico.

2

Llegué al más allá hace tres días. No recuerdo a mis verdaderos padres. De mi nacimiento apenas tengo memoria de un frío suelo de cemento –más tarde supe que se trataba del cuarto donde guardaban las bicicletas en un bloque de edificios– y tiritar débilmente. Tan solo podía acurrucarme para resguardarme del frío. Si no hubiera sido porque papá me encontró mientras volvía del trabajo y me dejó entrar en su casa, hace mucho tiempo que me habría convertido en un residente del más allá.

Desde ese momento, y durante los siguientes diecinueve años, me convertí en un despreocupado gato doméstico junto con papá, mamá y Michiru, que por aquel entonces era todavía una bebé.

Tuve una vida bastante larga en el mundo humano y me enorgullezco de ello.

He conocido a Natsuki, la gata negra, esta misma tarde. Ha crecido entre algodones, tan mimada que ha llegado hasta aquí cargada de más juguetes de los que le caben a una en las manos o, mejor dicho, en

las zarpas. Su favorito es un vistoso pájaro de peluche que lleva siempre bien agarrado en la boca.

Parecía tan desamparada, con esa cara de tristeza y sin un ápice de esperanza, que me dio pena y decidí ayudarla.

Para que te admitan oficialmente en el más allá, primero tienes que asistir a una charla informativa de orientación o algo por el estilo. Como yo también tenía que acudir, he decidido llevarme a Natsuki conmigo.

Llevo los últimos tres días investigando diligentemente cada recoveco de este lugar.

—Además, ¿no te parece horrible que no nos dejen ver a nuestros dueños durante los primeros siete meses? Quiero ver a Yuna cuanto antes.

—Es demasiado pronto, la asustarías, así que no nos queda otra que esperar —trato de consolar a Natsuki, cuyo hocico moquea de nuevo.

—El gato que ha dado la charla ha dicho que la Tierra está distorsionada, ¿verdad?

—Ha sido una expresión extraña. En resumen, existe un desequilibrio entre el mundo humano y el más allá. Los espíritus de los humanos fallecidos pueden cruzar la frontera entre ambos mundos cuando llega el Obon, el festival de los difuntos, y también durante el Higan, que es un festival que se celebra en los equinoccios de primavera y otoño. Y para nosotros también será más fácil cruzar en cuanto pasen siete meses.

–Siete meses contando desde hoy...

Natsuki empieza a contar con los dedos, aunque, como no tiene ninguno, realmente solo saca las garras para ayudarse a contar.

–Enero –digo rápidamente.

Desde que he llegado aquí, he contado los meses que faltan muchas veces. Es imposible que me haya podido equivocar.

–¿Enero? Menos mal, entonces llegaré a tiempo.

Natsuki mueve su larga cola de arriba abajo, claramente de buen humor.

–¿A qué llegarás a tiempo, exactamente?

–Al nacimiento del bebé de Yuna. Ahora mismo todavía está en su tripa, pero quiero estar a su lado cuando dé a luz.

Mientras Natsuki recoge sus numerosos juguetes, no deja de menear la cola como si fuera de juguete.

–Oye, ¿por qué no vamos a ver el tablón de anuncios del pasillo? –sugiero.

–Claro, tengo que buscarme un trabajo a tiempo parcial.

–De algún modo hay que pagarse los caprichos.

Aquí, en el más allá, no tenemos que preocuparnos por la comida o el alojamiento, pero si queremos golosinas o juguetes tenemos que pagárnoslos por nuestra cuenta.

–Tienes suerte de ser una gata negra –digo mientras apoyo las patas delanteras en el tablón de anuncios–. Mira, tenéis mucha demanda.

–¡Es verdad! Hay un montón de anuncios que buscan gatos negros.

Natsuki aprieta con fuerza el pájaro de peluche. Los gatos negros son muy populares y están muy solicitados en cafeterías, libros ilustrados y películas.

–Y, además, en cuanto termine el verano estarás muy ocupada –comento.

Natsuki se me queda mirando sin entender.

–¿Por qué?

–Porque podrás trabajar en Halloween.

–¿Como uno de esos gatos negros? ¡Me encantaría! –dice con las orejas levantadas de entusiasmo.

Sus orejas son enormes, puede que incluso más grandes que su cara. Vuelvo la vista al tablón de anuncios y leo la siguiente oferta de trabajo:

«Se buscan gatos trabajadores. Una vacante. Sin importar género, raza o pelaje».

–Ah, este sí que se ajusta a mí. A ver la recompensa... –Leo el resto del anuncio–. Sí, me parece bien.

Asiento y me vuelvo hacia Natsuki. Está absorta leyendo una oferta de trabajo en la que buscan un gato negro para montar en la escoba de una bruja. Casi me echo a reír cuando me la imagino muerta de miedo montada sobre una, agarrando con fuerza su peluche. De todos modos, estoy segura de que esforzará mucho.

–Bueno, nos vemos –me despido. Mientras me doy la vuelta para irme, añado–: Por cierto, el quinto precepto es «Ríe y disfruta todos los días».

Natsuki me mira con sus ojos redondos, que centellean.

–¡Fūta! Te estabas haciendo el dormido ¿verdad? ¡En realidad estabas escuchando al profesor!

–Claro.

Se me erizan los bigotes mientras levanto mi cola atigrada.

–Bueno, recuerda no sobrepasar tus límites. Esfuérzate, pero sin excederte –me dice Natsuki.

–Claro, así los dos podremos reírnos y disfrutar todos los días.

«Sube dos colinas y bájalas. Luego avanza por el tercer callejón a la derecha».

Camino mientras recuerdo el mapa que había en el anuncio de la oferta. Aquí, en el más allá, hay un montón de colinas. Aunque puedo saltar algunos de los desniveles, las largas pendientes son agotadoras, incluso para un gato tan majestuoso como yo.

Si tuviera la bicicleta eléctrica en la que solía montar con Michiru, podría llegar en un abrir y cerrar de ojos. No hay muchos gatos a los que les guste salir a explorar. Pero a mí me encantaba cuando me llevaba en mi bolsa negra y me ponía en la cesta delante del manillar de la bicicleta y el viento me soplabla directamente en la cara. En primavera podía oler el dulce aroma de las flores; en verano, el profundo olor de la hierba; en otoño veía cómo las hojas cambiaban de color al rojo y al amarillo. Era realmente bonito. ¿Y en invierno? ¿A quién se le ocurriría salir cuando hace un frío que pela?

En invierno lo mejor es acurrucarse frente al calentador, es de cajón.

Mientras me pierdo en mis propios pensamientos, un aroma familiar me cosquillea el hocico. Este olor me recuerda al río por donde Michiru y yo solíamos dar paseos en bicicleta. En cuanto lo recuerdo, el paisaje frente a mis ojos empieza a desdibujarse y me froto la cara con las patas delanteras.

¿Acaso hay un río por aquí?

Me detengo y miro a mi alrededor frenéticamente. Inclino la cabeza.

Qué raro... Me habré equivocado.

Aunque ya he pasado dos callejones, no encuentro el tercero. Más adelante, el camino vuelve a ser cuesta arriba. Pero en el mapa del tablón de anuncios había claramente dibujado un tercer callejón... O eso creo... Tampoco es que me fíe mucho de mi memoria.

Vuelvo al segundo callejón y deambulo por los alrededores. En ocasiones como estas, mis bigotes resultan de lo más útiles. Pueden detectar con precisión la posición en la que me encuentro y notar hasta el más mínimo cambio en el entorno.

Justo en ese momento, noto que uno de los largos bigotes de mi mejilla derecha se mueve. ¿Por aquí?

Al doblar la esquina del segundo callejón, encuentro un estrecho callejón por el que apenas puede pasar un gato. No me sorprende no haberlo visto antes.

No obstante, como soy esbelto, no me cuesta nada entrar en él. ¡Menos mal que no me dejaban comer demasiadas golosinas! Qué alivio.

Solía pedirle a Michiru que me diera mis favoritas, pero ella me decía: «No puedes comerlas porque si no te pondrás como una bola». En ese momento me parecía una injusticia, pero, gracias a no dármelas, he podido mantener la figura. Le doy las gracias a Michiru mentalmente. Sigo adentrándome en el callejón hasta que, de pronto, noto cómo se ensancha hasta volverse un espacio amplio.

¿Qué es este lugar?

Me viene a la mente con nostalgia el parque donde solía juntarme con los gatos del vecindario. Había un tobogán, dos columpios y un arenero en el que cabían tres niños. Entre los columpios y toboganes había un cerezo y, cuando llegaba la primavera, las flores se abrían todas a la vez y parecían algodones de azúcar. Cerca de la entrada, bajo las ramas, se encontraba nuestra sala de reuniones. Con la edad dejé de asistir a ellas, pero estoy seguro de que aún continúan.

En un rincón de este extraño espacio, que tiene aproximadamente el tamaño de aquel precioso parque, se alza una solitaria casa completamente blanca. En el otro extremo se encuentra una empinada cuesta abajo y, al fondo, se pueden ver un sinnúmero de casas y coches.

¿En qué mundo estoy? ¿En el de los humanos o en el más allá?

Parpadeo deslumbrado.

Estoy en el más allá. Pero ahora me doy cuenta de que el mundo humano es realmente efímero, temporal. No me había percatado... hasta ahora.

4

La casa blanca es rectangular, tiene un tejado en forma de triángulo y, en la entrada, cerca de la puerta, hay una única ventana de celosía. Parece una casa sacada directamente de un cuento infantil. Al acercarme, me percaté de que hay un letrero justo delante. Se trata de un cartel pintado de color blanco y de madera contrachapada, clavado en un tronco que parece salir del propio suelo. En él se aprecian unas finas letras de color gris que rezan: CAFÉ PONT.

Este debe de ser el lugar.

Aunque estoy impresionado por mi buena memoria y mi agudísima intuición, ahora debo decidir qué hacer a continuación.

La puerta tiene un pomo giratorio, pero es demasiado pesada como para que la pueda abrir. Si al menos fuera corredera, podría encontrar la manera de entrar, pero, para los gatos, este tipo de puertas son un verdadero quebradero de cabeza.

Aguzo el oído y trato de escuchar qué ocurre den-

tro del café. Por suerte, mi oído es sumamente excepcional. La capacidad auditiva de un gato es varias veces superior a la de un humano.

Sin embargo, dentro del café no se oye a nadie, solo el repiqueteo esporádico de los platos y la cubertería al recogerse. Me da la impresión de que dentro solo hay una persona. Miro a mi alrededor, pero no hay ni un alma cerca. Por mucho que me quede esperando, no parece que nadie vaya a entrar o salir.

Mi única alternativa es maullar.

—¡Miau!

Al principio mi tono es flojito, pero luego lo hago con ganas, abriendo la boca de par en par:

—¡Miauuuu!

Se oye un golpecito en el interior y, de pronto, la puerta se abre con un fuerte crujido. Una mujer vestida de blanco se asoma.

Es mayor que Michiru, pero más joven que mamá. Debe de tener unos treinta o cuarenta años. Su larga melena, recogida en una coleta, se agita como la cola de un perro mientras echa un vistazo a su alrededor, hasta que al final baja la mirada, y, por fin, repara en mi presencia.

—¡Vaya!

Cuando nuestras miradas se cruzan, me sonrío.

Comprendo el lenguaje humano, pero a ellos no les es tan fácil interpretar el nuestro. Sin embargo, lo intento.

–Estoy aquí por el anuncio de trabajo.

Y ella me entiende al instante.

–Así que eres el nuevo. ¡Pasa! –dice mientras me invita a entrar en el café.

La observo fijamente. ¿Quién o qué es?

–¿Qué ocurre? No pensarás que soy un monstruo o algo parecido, ¿no? No soy ni un monstruo ni un fantasma. Soy una persona de carne y hueso, mira.

Se sube el dobladillo del vestido y me enseña las piernas.

–¿Ves? Tengo piernas y todo.

–Pero ¿por qué...?

–¿Por qué puedo entender lo que dices? Actúo como un puente entre el mundo humano y el más allá. Si no pudiera comunicarme con los gatos que trabajan aquí, no podría desempeñar mi tarea –responde, encogiéndose de hombros.

–Entonces, ¿en qué mundo se encuentra este café?

–¿Te refieres a si estamos en el mundo humano o en el más allá? Desde tu perspectiva está en el más allá, pero... Ah, es complicado –dice, atusándose la coleta y frunciendo el ceño–. En realidad, está en el mundo humano. Los clientes también vienen de ahí.

Se refiere al mundo humano, al mismo al que yo pertenecía hasta hace poco. Aun así, sigo estando algo confuso.

–Oye, tengo una sugerencia –digo alzando la cola y los bigotes.

—¿De qué se trata?

—Puesto que lo de «mundo humano» no es del todo cierto, ya que ahí viven muchas más criaturas, como los gatos, por poner un caso, ¿por qué no lo llamamos de otro modo? Por ejemplo, podríamos llamarlos «primer mundo» y «segundo mundo», ya que se pasa primero por uno y después por el otro.

He llegado a este mundo después de haber pasado toda mi vida en el mundo humano. La idea de ponerle un determinante numeral me gusta porque da sensación de progreso.

—Bueno... —responde la mujer, sin parecer muy convencida. Piensa un poco y añade—: ¿Qué te parece esto? Al más allá lo llamamos «azul» o «mundo azul». Y al mundo humano, «verde» o «mundo verde».

El azul es el color del cielo y del mar. El verde es el color de la tierra y del bosque, los tonos de una estación resplandeciente.

—Me parece bien —asiento enérgicamente.

—Soy Nijiko, la dueña de este café. Me dedico a escuchar los deseos del mundo hu..., digo, del mundo verde, y encargo a los gatos del más..., perdón, del mundo azul, que los cumplan. Podría decirse que soy una especie de intermediaria, casi como una alcahueta.

No entiendo muy bien por qué compara su labor con la de una alcahueta, pero lo que sí me queda

claro es que nosotros, los trabajadores, tenemos que seguir sus órdenes.

–Yo soy Fūta, encantado. –La saludo educadamente, pues nos acabamos de conocer. Pero hay algo más que necesito confirmar—. ¿Es verdad lo de la recompensa?

Es el motivo principal por el que me decidí a venir tras leer la oferta de trabajo.

–Por supuesto. Si logras completar cinco trabajos con éxito, podrás visitar a una persona del mundo verde sin tener que esperar los siete meses reglamentarios. Hay gatos que lo han conseguido en tan solo cuatro meses, así que espero que te esfuerces mucho, Fūta.

No necesito que Nijiko me anime.

–Claro que lo haré.

–Pero también hay gatos que se toman las cosas con calma y llegan a los siete meses sin haber completado los cinco trabajos –me avisa.

Si ese fuese mi caso, elegir este trabajo habría sido una completa y total pérdida de tiempo.

De pronto, me embarga la emoción y, de un solo salto, me subo a una estantería muy alta.

–¡En ese caso, dame mucho trabajo!

–Debes ser cuidadoso cuando intentes llevar a cabo cada uno de tus trabajos. Si no lo haces bien, no contarán –dice mientras observa cómo coloco las patas perfectamente alineadas sobre la estantería.

Da la impresión de ser bastante estricta.

Sin pedirme que me baje, Nijiko empieza a contarme los detalles del trabajo.

Desde la estantería puedo ver todo el café.

Hay tres mesas para uso de los clientes, cada una con dos sillas tapizadas. La tela parece rugosa, ideal para afilarse las uñas. El interior es bastante espacioso, más o menos del mismo tamaño que el salón y el comedor de la casa de Michiru, donde solíamos ver la televisión. En la pared opuesta a la estantería, hay una chimenea con repisa de ladrillo, igualita a las de los cuentos de hadas. Sobre ella descansan objetos decorativos procedentes de países exóticos.

La cocina, sin embargo, es mucho más pequeña que la de casa de Michiru. Hay un hornillo y un fregadero, colocados uno al lado del otro, y un carrito con ruedas que parece que sirve tanto de despensa como de encimera. Incluso la nevera se me queda corta, pues estaba acostumbrado a la de Michiru. Aquella tenía siete cajones y era tan alta que llegaba al techo –yo, por supuesto, podía subir hasta lo más alto sin problemas–, pero esta solo tiene dos y apenas le llega a Nijiko a la cintura.

Supuestamente es un café, pero no creo que puedas tomar muchas cosas aquí.

Papá y mamá eran muy buenos cocinando. A mamá le bastaba con echarle un vistazo rápido a la nevera para tener lista una comida de varios platos y, los fines de semana, papá se metía en la cocina a

media mañana y preparaba platos extranjeros tan especiales como *rillette* o confit. En días como esos, mamá y papá abrían una botella de vino y, aunque Michiru se bebía un refresco y yo agua, eran momentos de plena tranquilidad y felicidad.

Observo el fuego de la chimenea mientras recuerdo estos pequeños instantes. Es la voz de Nijiko lo que me devuelve a la realidad.

—Oye, ¿me estás escuchando?

Me he quedado medio dormido, seguramente por estar pensando en el vino.

—Mira, este es el buzón.

Alza una caja que está sobre el aparador que separa la cocina del resto del café.

Aunque en el mundo verde sea principios de verano, todo gato que se precie sabe que un sitio calentito es un lugar feliz, sin importar la época del año que sea. Además, para nosotros, incluso en pleno verano, las noches se vuelven frías a un nivel que los humanos son incapaces de concebir. Por eso los gatos domésticos nos subimos al regazo o nos acurrucamos sobre el pecho de nuestros dueños, para calentarnos.

La parte alta de la estantería es un buen lugar para que te llegue el aire caliente de la chimenea, pero, aunque me encantaría quedarme disfrutando de esta agradable calidez, si sigo aquí voy a acabar cediendo al sueño. Salto al suelo.

Según la explicación de Nijiko, este es un lugar

en el que puedes encontrarte con las personas a las que deseas ver. El sistema es muy simple. El cliente escribe el nombre de la persona con la que quiere encontrarse y lo introduce en el buzón sobre el aparador. Después Nijiko elige una de las peticiones y es entonces cuando nosotros, los gatos mensajeros, entramos en acción. Nuestro trabajo consiste en buscar a esas personas y propiciar el encuentro.

—Pero, en realidad, no traemos a la persona de vuelta. Porque si se trata de un difunto, es decir, alguien del mundo azul, tendríamos que resucitarlo y eso no está dentro de nuestra jurisdicción —dice Nijiko.

Al parecer, en el mundo azul hay quienes se encargan de ese tipo de trabajos. En lugar de sentirme impresionado, me lamo el hocico con la lengua.

—Y, entonces, ¿cómo dais pie a que se lleven a cabo esos encuentros?

Abro un poco la boca y muestro un instante los colmillos superiores. Es una pequeña amenaza. A pesar de mi bravata, Nijiko no parece asustada, sino más bien exasperada.

—Escuchamos atentamente lo que el cliente desea decir y traemos solo el alma de la persona junto a un mensaje. Luego hacemos que esas palabras se transmitan a través de un tercero.

—Eso es... como el monte Osore, donde cuenta la leyenda que se encuentran las puertas del inframundo.

Me viene a la cabeza un recuerdo un pelín desdibujado. Cuando Michiru acababa de empezar el instituto, corría un rumor por su escuela. Se decía que, si uno iba al monte Osore, el alma de los difuntos podía entrar en tu cuerpo y hablar a través de ti.

–¿Te refieres a las *itako*? –pregunta Nijiko, enarcando una ceja.

–¡Sí, eso! Viene a ser lo mismo, ¿no?

Antes pensaba que la palabra *itako* tenía algo que ver con los tacos, pero resulta que se refiere a un grupo de mujeres que se dedica a transmitir los mensajes de los muertos cerca del monte Osore, en el noroeste de Japón.

–Las *itako* y los gatos mensajeros no se parecen en nada. Los gatos mensajeros se encuentran de verdad con la persona en cuestión. Ponen mucho esfuerzo y empeño en conectar a ambas partes. Aunque, la verdad sea dicha, no sé cómo se comunican las *itako* con los muertos –dice Nijiko, encogiéndose de hombros y guiñándome un ojo.

Mientras observo el brillo de su mirada, de repente me sobreviene un gran estornudo.

–Sea como sea, lo primero es practicar. Solo con el tiempo aprenderás.

Es cierto, no tiene sentido preocuparse por lo que aún no ha sucedido. Los humanos a veces tienden a eso. Personalmente, creo que deberían aprender de nosotros, los gatos, que vivimos adaptándonos con flexibilidad a cada momento.

Para dar a entender que lo he captado todo, arqueo el lomo y extendiendo las patas traseras y delanteras.

Nijiko me enseña una fina hoja de papel.

–Esta es la lista de los empleados. Ya he escrito tu nombre.

Los nombres de los gatos mensajeros que trabajan en el café están puestos en fila, pero parece que solo unos pocos están realmente en activo. Al lado de cada nombre hay estampados varios sellos con forma de huellas.

–Cada vez que completes un trabajo con éxito, obtendrás uno de estos sellos –dice Nijiko mientras coloca con un clip la hoja en un portapapeles que está al lado del aparador.

Cuando consiga cinco de esos sellos obtendré mi recompensa.

Al ver el portapapeles tan cerca, me embarga la emoción. Tengo ganas de corretear por toda la tienda para celebrarlo, pero soy consciente de que hay un montón de objetos de apariencia frágil y creo que será mejor que me ahorre problemas.

–Bueno, a partir de hoy cuento contigo como gato mensajero.

Aunque solo he venido para la entrevista, Nijiko me ofrece un aperitivo. Es una de esas golosinas líquidas, de las que van en un sobre alargado y que tanto me gustan.

Al final, ha resultado ser una mujer muy agrada-

ble. Me sorprende la facilidad con la que me ha ganado.

Cuando salgo del café, la luna llena brilla en el firmamento. Desde que estoy en este mundo, la luna me parece muchísimo más bonita. Ojalá Michiru y yo estemos viendo a la vez el cielo... Con ese pensamiento, vuelvo por donde he venido: un estrecho callejón lo suficientemente ancho como para que quepa un gato.